

atmósfera de tensión política de la Guerra Civil. Destaca, junto con la militancia política, su producción poética de la etapa de la guerra, en poemas como «El Sudor», «Viento del pueblo», «Recoged esta voz», y especialmente «Juramento de la alegría».

Termina su discurso Juan Negro reseñando su muerte acaecida en prisión, y citando a Walt Whitman, «No hay tumba de los asesinados que no dé semillas para la libertad»; afirma para Miguel Hernández su condición de ser semilla de libertad.

En esta breve historia de la noticia de Miguel Hernández en Chile, vuelvo de nuevo al testimonio que nos dejó Pablo Neruda. Quiero recordar una vez más ese profundo y emocionado «Viaje al corazón de Quevedo» (1947). Y como bien dice «es un viaje al fondo del pozo de la historia», por eso este hermoso texto no sólo es la evocación del gran poeta del barroco español y de la tradición poética fundada por él, sino que es, fundamentalmente, el encuentro consigo mismo, con la propia lengua en cuanto tradición y en cuanto creadora e interpretante de mundo.

A mí me hizo la vida recorrer los más lejanos sitios del mundo antes de llegar al que debió ser mi punto de partida: España. Y en la vida de mi poesía, en mi pequeña historia de poeta, me tocó conocerlo casi todo antes de llegar a Quevedo.

Así también, cuando pisé España, cuando puse los pies en las piedras polvorientas de sus pueblos dispersos, cuando me cayó en la frente y en el alma la sangre de sus heridas, me di cuenta de una parte original de mi existencia, de una base roquera donde está temblando aún la cuna de la sangre.

En este encuentro afirma la relación más profunda que fundamenta un modo de captar y entender el mundo; y como «a lo americano no estorba lo español, porque la tierra no estorba la piedra ni la vegetación», Neruda reconoce en Quevedo la roca: «Fue entonces mi padre mayor y mi visitador de España».

En esa tradición quevediana del conocimiento y de la verdad de la realidad humana, sitúa a Federico García Lorca, a don Antonio Machado y a Miguel Hernández. Y en cuanto a éste último, Neruda fija el conocimiento y trato personal en el verano del año de 1935, recién llegado Miguel Hernández desde Orihuela:

Había recién dejado de ser pastor de cabras de Orihuela y venía todo perfumado por el azahar, por la tierra y por el estiércol. Se le derramaba la poesía como de las ubres demasiado llenas cae a gotas la leche... El canto de los ruiseñores levantinos, sus torres de sonido levantadas entre la oscuridad y los azahares, eran recuerdo obsesivo, apretado a sus orejas, y eran parte del material de su sangre, de su alma de barro y de sonido, de su poesía terrenal y silvestre, en la que se juntan todos los excesos del color, del perfume y del sonido del levante español, con la abundancia y la fragancia de una poderosa y masculina juventud.

Su rostro era el rostro de España. Cortado por la luz, arrugado como una sementera, con algo rotundo de pan y de tierra. Sus ojos quemantes eran, dentro de esa superficie quemada y endurecida al viento, como dos rayos de fuerza y de ternura.

No puede escapárseme de las raíces del corazón su recuerdo que está agarrado con la misma firmeza con que las raíces agarran los terrones de la noble tierra del fondo. Los elementos mismos de mi poesía y de mi vida vi salir de nuevo en sus palabras, pero alterados por una nueva magnitud, por resplandor salvaje, por milagro de la sangre vieja transformado en un hijo. En mis años de poeta, y de poeta errante,

puedo decir que la vida no me ha dado contemplar un fenómeno igual de vocación y de eléctrica sabiduría verbal.

Después evoca el año de 1939, su gestión ante el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile para que la embajada en Madrid ofreciera asilo a los intelectuales españoles, y cómo Miguel Hernández no quiso asilarse, inicialmente, porque, cuando posteriormente decidió hacerlo, ya no pudo. Evoca la detención primera, su libertad lograda por la intervención del cardenal francés Baudrillart, su nueva detención en Orihuela, ahora para siempre, y su muerte en 1942.

En 1949 escribe Pablo Neruda en México el poema titulado «A Miguel Hernández, asesinado en los presidios de España», poema que se publicó en la revista *Cultura y Democracia* (París, febrero de 1950), y que luego fue integrado a la sesión XII, «Los ríos del canto», V, del *Canto General*. Se trata de un poema político esta vez.

En 1954 publicó Neruda *Las uvas y el viento*, libro que incluye en la sección IV «El pastor perdido». Se trata de cuatro poemas. El primero, compuesto todo en cursivas, lleva por título «Vuelve España» y constituye una introducción invocatoria; el segundo, es el primero de la serie de tres, tiene la enumeración I y el título de «Si yo te recordara», fija la relación personalizada entre el sujeto enunciante y el espacio vivido. El II de esta serie lleva el título de «Llegará nuestro hermano» y constituye un exordio a España en cuanto generadora de hombres y mujeres que han de luchar por su victoria. El III se titula «El pastor perdido» y da el título a la sección del libro; constituye una evocación, en el presente enunciativo, de Miguel Hernández. El sujeto enunciante deja constancia de su relación afectiva y productora; deja constancia de la relación entre el poeta amado y su tierra, que es lo que ha venido percibiendo en su poesía:

Desde la tierra hablaba,
desde la tierra
hablará para siempre,
es la voz de su pueblo,
él fue entre los soldados
como una torre ardiente.
Él era
fortaleza
de cantos y estampidos,
fue como un panadero:
con sus manos hacia
sus sonetos.
Toda su poesía
tiene tierra porosa,
cereales, arena,
barro y viento,
tiene forma
de jarra levantina,
de cadera colmada,
de barriga de abeja,
tiene olor a trébol
a trébol en la lluvia,

a ceniza de amaranto,
a humo de estiércol, tarde,
en las colinas.
Su poesía
es maíz agrupado
en un racimo de oro,
es viña de uvas negras, es botella
de cristal deslumbrante
llena de vino y agua, noche y día,
es espiga escarlata,
estrella anunciadora,
hoz y martillo escritos con diamantes
en la sombra de España.

La última parte del poema afirma la extensión del conocimiento del nombre de Miguel Hernández y de su poesía, y la imposibilidad del olvido. Termina con una invocación directa:

Hijo mío, recuerdas
cuando
te recibí y te puse
mi amistad de piedra en las manos?
Y bien, ahora,
muerto,
todo me lo devuelves.
Has crecido y crecido,
eres,
eres eterno,
eres España, eres tu pueblo,
ya no pueden matarte.

Y, finalmente, la predicción de la victoria futura del pueblo español, en la perspectiva ideológica de Neruda:

Ya llegará
tu viento,
el viento del pueblo,
el rostro de Dolores,
el paso victorioso
de nuestra nunca muerta
España,
y entonces,
arcángel de las cabras,
pastor caído,
gigantesco poeta de tu pueblo,
hijo mío,
verás
que tu rostro arrugado
estará en las banderas,
vivirá en la victoria,
revivirá cuando reviva el pueblo,
marchará con nosotros sin que nadie
pueda apartarme más del regazo de España.

Ángel Custodio González, poeta y diplomático chileno, publicó en la revista *Estanquerro* (Santiago de Chile, 27 de diciembre de 1952 y 17 de enero de 1953) un extenso artículo sobre la poesía de Miguel Hernández, titulado «El poeta vulnerado». Percibe González a un poeta solitario, «directo, terrenal, maduro y elevado, apegado siempre a su tierra dura o tierna», «herido del amor y de la vida», como él mismo lo dice en *El silvo vulnerado*. Y aunque centralmente esté abocado al dolor y a la pena, no rehuye cantar la alegría y la esperanza:

Sonreír con la alegre tristeza del olivo,
esperar, no cansarse de esperar la alegría.

Las formas heredadas y aquellas impregnadas por el sello personal giran, dice González, «en torno a los mismos asuntos de la vida sola, de la muerte, la tierra, y todo en ellos»:

...Tres palabras
tres fuegos has heredado:
vida, muerte, amor. Ahí quedan
escritos en tus labios.

Sin embargo, considera al tema amoroso como el verdadero *Leit motiv* de la poesía de Miguel Hernández, cuya fuerza expresiva la asocia a la poesía de Unamuno.

Otro tema que González destaca, es el tema símbolo del «ardiente rayo que no cesa, del empuje de la pasión del amor», y de la muerte, el toro. El toro «que representa la muerte enamorada que es la belleza y la entrega de general amor por cuanto nace, da también su corazón, sufre de sinsabores...».

Recuerda González la celebración del tercer centenario de la muerte de Góngora, en 1927, atmósfera en la que vive Miguel Hernández, y por lo cual su obra surge con esa impronta. Tal es su primer libro *Perito en lunas*. Luego traza la trayectoria de sus publicaciones. Desde la revista de su amigo Ramón Sijé, *El gallo crisis*, a la revista *Isla*, de Cádiz, a *Literatura*, de Madrid, a *Cruz y Raya*, donde aparece su auto sacramental *Quien te ha visto y quien te ve ni sombra de lo que eras*; a la *Revista de Occidente*, etc. Y luego sus libros: *El silvo vulnerado* (1934) hasta que Cossío lo incluyó como apéndice de *El rayo que no cesa*, en 1949. Menciona también su drama *El labrador de más aire* (1937), drama que aparece en el mismo año de *Viento del pueblo*. Y alcanzará su plenitud, dice, en *El hombre acecha* y en *Cancionero y romancero de ausencias*, inéditos, según *Obras Escogidas*, la edición de Arturo del Hoyo, texto que maneja, entonces, Ángel Custodio González.

En el mismo año en que yo viajaba a España a la búsqueda del rastro de Miguel Hernández, la poetisa e investigadora Concha Zardoya publicó un extenso estudio sobre la vida y obra de Miguel Hernández, en la *Revista Hispánica Moderna* (Año XXI, julio-octubre de 1955, N.º 3 y 4), al que agrega una antología de los textos hernandianos. El estudio de Concha Zardoya pormenoriza la noticia biográfica y textual, con un excelente apoyo bibliográfico, que ha constituido la base de futuros estudios.

³ Esa concepción del retorno al regazo materno de la tierra, y no la muerte definitiva, sino una transformación, depurada de todo deseo e impulso por lo existente, en lo puramente bello, se da estéticamente plasmada en la «Elegía» escrita con ocasión de la muerte de su amigo Ramón Sijé, que analicé con cierta detención en mi libro sobre la poesía de Miguel Hernández. Elegía que también ha analizado después, con mayor eficacia, mi amigo y colega Mauricio Ostria («La "Elegía" a Ramón Sijé, de Miguel Hernández», en Estudios Filológicos, 9, 1972, págs. 51-69).

Mi lectura de la poesía de Miguel Hernández, la de esos ya lejanos años, discriminando fuertemente los estudios que pude conocer, se orientó, aparte de una breve noticia biográfica, a situar al poeta entre sus contemporáneos, a situarlo en la tradición lírica española, y a fijar su temática en tanto visión y concreción de mundo, imantada por un fuerte sentimiento telúrico. Es como si la vida no la pudiera concebir en otra forma que en el plano del amor. Por el amor experimentará la muerte, como acontecimiento propio e interior, intuita, imaginada, anticipada poéticamente. De la muerte pasa a la tierra como regreso y transformaciones germinantes de nueva vida³.

El recuerdo de Miguel Hernández a los cincuenta años de su muerte, seguramente nos traerá un nuevo conocimiento de su poesía, y nos dará una verdad más completa de su modo de ver, de entender y de construir mundo.

Luis Muñoz González

